



El padre blanco Mikel Larburu pasó 40 años en Argelia, donde fue responsable de varios miembros de su congregación. :: usoz

## «Se crea en Dios o no, necesitamos llevar dignidad y justicia a África»

### El día del Domund, que se celebra hoy, pone en relieve la labor de los misioneros en el mundo

«Debemos hacer de puente entre el continente africano y el resto del mundo», relatan los religiosos Maite Oiartzun y Mikel Larburu

:: **DANI SORIAZU**

**SAN SEBASTIÁN.** Hacía mucho que las personas que dedican su tiempo y su vida a ayudar en África no ocupaban tantas páginas y portadas de periódicos. Han sido la voz de la denuncia al señalar que el ébola lleva matando desde los años 70 sin que nadie haya querido enterarse. Pero la vorágine informativa sobre este virus apenas les ha dejado hueco para recordar que la malnutrición, la malaria, el paludismo o el sida siguen siendo problemas acuciantes que también hay que resolver en el continente.

«Y debemos seguir con esa labor de sensibilización. El mundo se debe dar cuenta de que hay que tomar medidas globales, no podemos mirar hacia otro lado». La que habla es Maite Oiartzun. Una profesora navarra de 54 años que ha dedicado 19 de ellos a ejercer de misionera en Malí y en Burundi, dentro de la congregación de Nuestra Señora de África. Es una labor que también la conoce muy bien Mikel Larburu. Este zumaiarra de 70 años ha pasado 40

en Argelia como padre blanco.

Su mensaje, aunque repetido y escuchado hasta la saciedad, no termina de calar. Por ello hoy, en el Domingo mundial de las Misiones, también conocido como el Domund, Maite, Mikel y el resto de misioneros repartidos por el mundo –300 guipuzcoanos– intentarán «hacer de puente entre África y el resto del planeta para transmitir lo que vemos y lo que ocurre».

Ahora, ambos viven en sus ciudades natales, lejos del continente en el que han pasado gran parte de su vida, y dedican parte de su tiempo a colaborar con la delegación de Misiones de la diócesis de San Sebastián. La labor que ellos desempeñaron en África no fue sólo la de difundir el Evangelio, sino también la de colaborar en la construcción de colegios o dispensarios médicos, por ejemplo. Pero en ese tiempo también vieron y sufrieron otras miserias que no se ven tanto en los noticieros.

«Yo he visto cómo explotaban a niños, a los cuales obligan a entrar en las minas en unas condiciones infrahumanas para sacar coltán, oro o diamantes», relata Maite, que el año que viene volverá a Burundi. Ella matiza que las que están detrás de esto «son multinacionales que se aprovechan del consumo de tecnología de los países ricos. Es un mundo de locos».



Maite Oiartzun volverá el año que viene a Burundi. :: **AYGÜES**

«A mí me tocó vivir la guerra civil argelina (1991-2002) en la que se producían muchos ataques terroristas –relata Mikel–. Mataron a cuatro de mi congregación y a otros 19 misioneros permanentes que estaban allí (eran 200)». Ahora recuerda cómo nuevas células de yihadistas extremistas están resurgiendo, como Boko Haram o el Estado Islámico (ISIS). Éste último grupo decapitó a finales de septiembre a un turista francés precisamente en Ar-

gelia. A eso hay que sumar guerras entre etnias y luchas por el poder. «Uno puede elegir creer o no, pero necesitamos llevar justicia y dignidad para todos y que todo el mundo sea partícipe. No nos podemos salvar solos», añade Maite.

**«A mí que me entierren allí»**

La palabra ‘misionero’ inevitablemente también trae a la mente el caso de los dos religiosos que murieron este verano por el ébola una

**«Debemos seguir con la sensibilización, no podemos mirar hacia otro lado»**

**«Si me pongo enferma en África no pediría volver, a mí que me entierren allí»**

vez fueron repatriados a España. Uno de ellos fue la fuente del contagio de la auxiliar de enfermería Teresa Romero. ¿Deberían haber sido repatriados o fue un error? Se pregunta parte de la sociedad. «¿Y si fuera tu hijo? ¿Es que no nos queda humanidad? ¿No se han repatriado a otros anteriormente?», pregunta Maite. Su tono de voz denota dolor por cómo se han llevado las cosas. «Ahora se han empezado a mover los países ricos, los mismos que saquean esos países», critica.

«El compromiso de cada uno es diferente, cada cual actúa a su manera y tiene sus razones para decidir regresar», comenta Mikel, aunque añade que «todos conocemos los riesgos a los que nos enfrentamos». En este sentido, Maite tiene claro que no pediría volver. «Yo en mi casa se lo he dicho a toda mi familia, si me pongo enferma en África a mí no me traen. A mí me entierren allí porque he entregado mi vida a ese continente», afirma.

Obviamente, aunque han vivido situaciones difíciles, ni ella ni Mikel han tenido que pasar por el difícil trance que atravesaron Miguel Pajares y Manuel García Viejo. Los países en los que ellos han ayudado quedan muy lejos del África occidental donde el ébola ha matado a casi 4.500 personas hasta el momento.

**«Sequía» de misioneros**

No corren buenos tiempos para las misiones religiosas de ayuda a los países necesitados. Aunque no existan registros oficiales, tanto los religiosos como la propia diócesis de San Sebastián confirman que «hay sequía de misioneros en Europa».

Varias son las razones a las que apuntan, entre ellas, el descenso de la natalidad y también la falta de relevo generacional. «Yo regresé hace tres años porque tuve problemas cardíacos. Y más adelante sufrí una embolia, por lo que yo ya no volveré», relata Mikel. Como él, la gran mayoría de misioneros mayores de edad han regresado, mientras que otros han muerto y no han encontrado ningún sustituto.

«Además, vivimos en una sociedad cada vez más consumista, donde no nos importa el otro y en la que los recortes a las ayudas a la cooperación se han reducido en un 70%», dice Maite para tratar de comprender esta fotografía. «Mis padres me educaron en la solidaridad y el compromiso, creo que las familias han bajado mucho ese tono y calor humanitario en la educación hacia sus hijos», añade. Una razón más por la que estos misioneros reclaman como «indispensable» la labor que llevan a cabo.